



Juan Bonal: Viajero que marca caminos

Marcaste caminos de Hospitalidad, entendiste el Plan que el Padre tenía para ti y no vacilaste en emprender la tarea y trabajar en la construcción del Reino. Los obstáculos del camino no te impidieron llegar un día y otro día. Eras caminante... peregrino... Habías descubierto a Jesús y Él era tu meta y tu norte. Renunciaste al saber y a la ciencia, no porque te pareciera innecesaria sino porque preferiste compartir tu experiencia de amor con los hermanos, la vivencia de tu oración, el encuentro con Jesús. El sentirte pequeña criatura en las manos del Padre fue suficiente para impulsarte a tener la audacia de buscar un grupo de jóvenes que se pusiera al frente del más grande hospital. "Urbis et Orbis" - de la ciudad y del mundo-.

¿Qué hiciste para soñar, para recorrer caminos, qué hiciste para salir al encuentro de la necesidad del hombre?. Sí, lo veo claro, cultivaste tu vida interior. La constancia estuvo siempre presente y llegaste al igual que Jesús a experimentar el dolor del hombre y tus entrañas se conmovieron. Fuiste una montaña, y en ella había quietud, serenidad, tranquilidad, aire puro, te cobijabas bajo los pies de tu madre la Virgen del Salz y allí, junto a ella, preparabas tus veredas.

Sin duda, sentías hambre, sed y cansancio, pero esto no empañó tu horizonte; con ilusión nueva, emprendiste la tarea cada día.

La Pequeña Hermandad te reclamó varias veces. Eras montaña pero también eras árbol, eras tronco, eras raíz y el árbol evoluciona paso a paso, dando sombra y cobijo. Necesitaban tus consejos, tus puntos de vista, tu experiencia y tus sueños. También tú, al igual que ellas necesitabas contrastar, reflexionar, discernir ...

Constatabas cómo la Palabra de Dios iba germinando en esa tierra joven llena de ilusión. Compartías y te enriquecías porque sus almas soñaban, se entregaban como tú, un día y otro día, soñando y amando, sirviendo y confiando.

El Evangelio se hace vida, la semilla germina, el árbol logra que a pesar del lento progreso no se pierda en la arena. No lo verás, pero será un árbol frondoso y fuerte que dure cien, doscientos y muchos más años.

Hay un sin fin de dificultades: la Sitiada, la penuria, la enfermedad, la muerte. Todas ellas se van afrontando poco a poco porque todos tienen fe y confían, ven el dolor, se conmueven y lo dan todo, se entregan sin pedir nada a cambio.

Así, pues han pasado los años. El mundo sigue siendo complejo: el hambre, la penuria y la pobreza están presentes y tú sigues siendo montaña y árbol. La comunidad a la que confiaste el servicio *Urbis et Orbis* te sigue necesitando. Tu eres nuestra montaña y nuestro árbol. Ahora desde la plenitud en la comunión perfecta con la Trinidad, puedes serlo por la intersección constante.

La montaña por dentro simbolizó la vida interior, ahí hay que poner el acento, llenarla de Dios, experimentarlo para luego reflejarlo; por fuera la montaña hace posible la evolución y el progreso, tu vida sigue penetrando en nuestros corazones invitando y proponiendo, pero sobre todo recordando que estuvo cimentada en Jesús. Él es el modelo, es la meta, es el norte, es quien hace posible la evolución y el progreso.

H. Elizabeth Torres Páez